

L A M A L B O B A D O A
 SEMANARIO
 DE LAS FAMILIAS.



LITERATURA, ARTES, EDUCACION, TEATROS Y MODAS.

AÑO I.

Lima, Sábado 27 de Febrero de 1875.

Núm. 20.

SUMARIO.

Escuela Romántica Francesa, conclusion, por S. Lorente y Benel.—Homenaje à la distinguida poetisa peruana, señorita Adriana Buendia, poesía, por Almanzor Paz-Soldan.—Débil Tributo. Al señor Almanzor Paz-Soldan, en respuesta de su galante soneto, poesía, por la señorita Adriana Buendia.—El Desengaño, por la señora Mercedes Cabello de Carbonera. ¡Estoy enamorado! poesía, por el Chico Terencio.—Una excomunion famosa, tradicion, por Ricardo Palma.—Un cuento para usted, por Ricardo Dávalos y Lisson.—El agua mansa, traduccion, por la señorita Angela Carbonel. Literatura fosforescente, por Paulino Fuentes Castro.—Conciertos, à Constantino Carrasco, poesía, por Numa P. Llona.—La ciudad de los contrastes, por la señora Juana Manuela Gorriti.—Mosaico, por la señora Manuela Villarán de Plasencia.—Soluciones.—Charada.

ESCUELA ROMANTICA FRANCESA.

(Conclusion.)

CUANDO no se reconoce otro principio, que la necesidad de producir efecto, solo se aspira à un éxito ruidoso, renunciando à la solidez y à la realidad. Las letras se hacen cómplices de todas las malas pasiones, se alimentan de todos los escándalos, y en vez de llevar la calma à los corazones atribulados, la esperanza à los que sufren y el vigor à los que flaquean, propagan y autorizan las agitaciones, la desesperacion y las faltas mas lamentables. De aquí esa inundacion de novelas, dramas y toda especie de composiciones desmoralizadoras, que alarman de continuo à los

hombres de conciencia y prevision. De aquí esa corrupcion del lenguaje, que convierte los idiomas mas claros y armoniosos en atronadora algarabía.

El vago sentimentalismo, que en grandes poetas ha podido dar ocasion à destellos del génio, tan nuevos como radiantes de calor y de luz, no sirve en la inmensa mayoría de casos, sino para alimentar una orgullosa pereza en incultas medianías. Porque exhalan el fastidio inseparable de la ociosidad en monótonos lamentos; se creen estar en el derecho de despreciar à las inteligencias laboriosas, que buscan la perfeccion y la dicha en el cumplimiento modesto del deber. Otros pretendidos románticos, que nada aciertan à expresar, ni aun à concebir con claridad, se llaman génios no comprendidos, porque nadie puede descubrir la ciencia en las producciones de su necesidad. Algunos, que no carecen de modestia, ni de penetracion se extravían lastimosamente, porque eligieron sus modelos en las obras de una escuela, que à nadie puede conducir à buen puerto, desde que navega sin brújula y sin timon.

Hay una observacion, que desde luego sorprende pero que una vez reconocida la peligrosa tendencia del Romanticismo, se encuentra muy natural, y es que despues de su primer y vigoroso impulso à las letras, las haya condenado à no producir sino obras muy débiles, monstruosas ó faltas de originalidad. Los hombres capaces han perdido ó desorganizado sus facultades creadoras por esfuerzos convulsivos; los de menores aptitudes, no han hecho sino reproducir con

mayores desatinos obras abortadas ó caer en defectos vulgares à que de suyo propende el ingenio sin reglas ó sin cultura.

Debiamos hacer estas indicaciones críticas, que hubieran podido ser mas severas y justificarse con ejemplos muy notables: la brillante mision que llenó el Romanticismo al romper el yugo de reglas tan perjudiciales como infundadas; sus primeras producciones, que rebosaban sábia y esplendor; el merecido prestigio de sus caudillos, y el espíritu general de nuestro siglo al que fascina toda apariencia de vigor, obligan à señalar escollos de que el simple buen sentido habria preservado en otro tiempo à cuantos cultivan la bella literatura. Iriarte nos habia enseñado con la sencilla fábula del eslabon y del pedernal à no pretender, que las reglas puedan suplir la falta de inspiracion, y que el ingenio sin guia produzca obras acabadas. A los que se creen dispensados de todo estudio, porque la naturaleza les suministró algun rasgo feliz bastaria recordarles el buen flautista, para que se avergonzasen de aciertos, que son hijos exclusivos de la casualidad. Mas tratándose de una gran revolucion literaria, ilustrada por grandes nombres, no se podian evitar juicios tan falsos, como peligrosos, si no se señalaba con imparcialidad los frutos buenos y malos que ha dado y debió producir.

S. LORENTE Y BENEL.

Febrero 1.º de 1875.

HOMENAJE.

A LA DISTINGUIDA POETISA PERUANA, SEÑORITA
ADRIANA BUENDIA.

De ardiente inspiracion génio fecundo,
Que entre rayos de luz resplandeciente
Ceñida llevas de laurel la frente,
Y rendido á tus plantas medio mundo:

Yo te contemplo, con amor profundo
Bebiendo ansiosa en la Castalia fuente,
La linfa misteriosa que á tu mente
Dá vuelo remontado y sin segundo.

Al espléndido sol del medio día,
De noble afecto con la ardiente llama,
Y rebosando el pecho de alegría,

Mi álma, un saludo con placer te envía
Y entusiasta mi labio te proclama
Gloria y orgullo de la patria mía.

ALMANZOR PAZ-SOLDAN.

Lima, Diciembre de 1874.

DÉBIL TRIBUTO.

AL SEÑOR ALMANZOR PAZ-SOLDAN, EN RES-
PUESTA DE SU GALANTE SONETO.

Si tu pléctro dulcísimo tuviera
Y sus alambres como tú pulsára,
Tu noble estirpe, en el saber preclara,
El bello asunto de mis cantos fuera.

Si de Arona la musa poseyera,
Un himno ¡oh vate! para tí entonara,
Que á los cantos sublimes igualara
De Quintana, Melendez ó de Herrera.

Mas, ¿qué decir de Paz—Soldan podría,
Si es el nombre de ese árbol tan fecundo,
Honor y gloria de la patria mía;

Si de ciencia es un piélago profundo,
De nobleza, virtud y poesía,
Si es nombre que venera todo el mundo?

ADRIANA BUENDIA.

EL DESENGAÑO.

MADAME Staël ha dicho: El desengaño
camina siempre sonriendo tras el en-
tusiasmo.

Triste verdad que nos hiela el alma. To-
da ilusión que nos sonrie, toda esperanza de
felicidad, trae en pós de sí un desengaño.

El desengaño es la realidad fría y espantosa
de la vida, y tiene por compañera á la
duda.

El desengaño es la llave con que la duda
abre las puertas de nuestra conciencia, y
penetra hasta mordernos el corazón.

La verdad es en todo tiempo la misma:
nuestra imaginacion que busca siempre
un mas allá en los estrechos límites de la
vida, es la autora de nuestros desengaños.

La imaginacion, esa hada encantadora y
funesta, que se divierte en estender sus bri-
llantes alas, sobre todas las realidades de la
vida; esa hada, que en nuestras desgracias
nos presenta mas espantoso el abismo de
nuestros males, y en nuestros placeres se
complace en pintarnos sueños é ilusiones
donde no hay mas que realidades.
La imaginacion, que nos crea siempre fic-
ciones, es la que nos arrastra hácia el de-
sengaño. El es la roca escondida que des-
troza y hace naufragar la nave de nuestras
esperanzas.

En la mañana radiante y alegre de la
vida, la senda es fácil y bella. A medida que
avanzamos, el sol de nuestra infancia se nu-
bla, el mar se ajita, los escollos se presentan,
y la vida se convierte en una lucha desgra-
ciada que solo concluye con la muerte.

En ese mar ajitado y tempestuoso de la vi-
da, damos á la razon la direccion de nuestro
largo y penoso viaje, ¡pobre y débil guía, que
tropieza á cada paso, y nos lleva casi siem-
pre al infortunio!

Cuando en la edad primaveral nos sonrie
el porvenir, creemos y amamos.

Amamos, por que el amor es una revela-
cion del infinito, que el Ser Supremo deja
entrever á nuestra alma entusiasmada, que
busca por do quier su origen y su fin.

Creemos, por que la fé es la antorcha que
brilla mas vivida, en los misteriosos pliegues
de una conciencia tranquila: su luz solo se
nubla y oscila al soplo envenenado de la
duda, que nos trae el desengaño.

La vejez no seria tan triste, si ella no hu-
biera probado todos los desengaños.

Una cabeza emblanquecida, es la cima
donde se han conjelado tornandose en nie-
ve, las ilusiones y las esperanzas de la vida.

En el corazón destrozado por el desengaño,
no esperéis encontrar el aroma riquísimo
de la esperanza: bella flor que nace y crece
al calor de nuestra fé, como no encontraréis
la violeta humilde de la pradera, en la empi-
nada cumbre de la montaña, que el frio del
invierno ha coronado de nieve.

La vida ficticia de los placeres, es la que
mas pronto conduce al desengaño.

La posesion de todos los bienes de la vi-
da, nos decepciona haciéndonos compren-
der su nada, y lo efimero de sus placeres.

El desengaño es un gran señor, que va
siempre en pos del ruido y la algazara de
los grandes salones.

En su orgullo jamás ha descendido hasta
la humilde choza, que se esconde misterio-
sa, como un nido de avesillas, entre la espe-
sura de los árboles que le dan sombra.

Por eso es feliz el campesino que en su
miseria, encuentra colmadas todas sus aspi-
raciones, y á ejemplo de las aves que ani-
dan en su humilde chosa, canta de alegría
y felicidad.

Es feliz, por que no va en pos de ese fan-
tasma soñado por nuestra imaginacion, que
llamamos felicidad, y cuya realizacion no es
mas que un desengaño.

Su imaginacion no ha ido mas allá de sus

necesidades, y muchas veces tendrá mas de
lo que apetece.

Cuando el astro esplendoroso del dia, do-
ra la cumbre de la montaña anunciándole
el buen tiempo, que hará fructificar la mies
que ha confiado á la tierra, y florecer los ár-
boles frutales del huerto entónces
se prosterna y dá gracias á Dios, por todos
los beneficios con que lo ha colmado.

El desengaño de la vida, es esa noche
profunda, que se forma al rededor de todas
nuestras facultades, y que no nos deja per-
cibir, ese tesoro de goces infinitos, y de be-
neficios que guarda naturaleza, para el
hombre sencillo, que vive segun sus leyes.

El desengaño no alcanzaria á herir nues-
tro corazón, si no hubiéramos formado de
nuestra felicidad un mito, nacido de impo-
sibles que queremos realizar.

MERCEDES CABELLO DE CARBONERA.

¡ESTOY ENAMORADO!

(A L. . . .)

Estoy enamorado como un loco!
Perdido de mi espíritu el socio,
Arde mi corazón al vivo fuego
Que brota de unos ojos de mujer:
Mi altiva libertad encadenada,
Lame los pies de la beldad divina
Como una esclava vil á quien domina
De un déspota el tiránico querer.

Que pasa en mí, que si la miro solo
Me tiembla el corazón como azogado,
Y el sistema nervioso, electrizado,
Comienza como herido á retremblar?
Soy un cobarde? . . . Sí! soy un cobarde:
Solo al mirar sus púdicás mejillas
Siento que se me doblan las rodillas
Cual si fuera de Dios ante el altar.

Está bien que se doblen las rodillas
De una beldad ante la faz serena,
Que el amor á las almas enajena,
Y es de todas las almas el señor.
Obedezco al amor, humilde esclavo,
Y ante él inclinaré la altiva frente:
¡Victoria por la bella adolescente
A quien consagro mí ferviente amor!

Dulce morena de rasgados ojos,
Paloma tierna de encantado nido:
Veme á tus pies, por tu beldad vencido;
Aquí traigo de amor un manantial:
Yo te daré y en cálices de oro
A beber de su linfa clara y pura,
Y dame tú, risueña criatura,
Los besos de tu alma virginal.

EL CHICO TERENCIO.

UNA EXCOMUNION FAMOSA.

(TRADICION.)

I.

TEMPOS de gran fanatismo religioso fue-
ron sin duda aquellos en que, por Su
Majestad Don Felipe II, gobernaba estos
reinos del Perú Don Andrés Hurtado de
Mendoza, primer marqués de Cañete y mon-
tero mayor del rey. Y no lo digo por la abun-

dancia de fundaciones; ni por la suntuosidad de las fiestas; ni porque los ricos dejasen su fortuna á los conventos, empobreciendo con ello á sus legítimos herederos; ni porque, como lo pensaban los conquistadores, todo crimen ó inmundicia que hubiera sobre la conciencia se lavaba, dejando en el trance del morir un buen legado para misas; sino porque la Iglesia había dado en la flor de tomar cartas en todo y para todo, y por un quítame allá esas pajas le endilgaba al prójimo una excomunion mayor que lo volvía tarumba.

Sin embargo de que era frecuente el espectáculo de enlutar los templos y apagar candelas, nuestros antepasados se impresionaban cada vez mas con el tremendo aparato de las excomuniones. En algunas de mis leyendas tradicionales, he tenido oportunidad de hablar mas á espacio sobre muchas de las que se fulminaron contra ladrones sacrílegos y contra alcaldes y gente de justicia que, para apoderarse de un delincuente, osaron violar la santidad del asilo en las iglesias. Pero todas ellas son chirinola y cháchara celeste, parangonadas con una de las que el primer arzobispo de Lima, Don Fray Gerónimo de Loayza, lanzó en 1561. Verdad es que su señoría ilustrísima no anduvo nunca capareo en esto de entredichos, censuras y demas actos terroríficos, como lo prueba el hecho de que, antes que la Inquisición viniera á establecerse por estos triguales, el señor Loayza hizo quemar, por brujo ó por hereje que tanto monta, al francés Mateo Salade, que habitaba una hermita ó cueva que aun existe en el valle de Maranga. Otra prueba de mi aseveracion es que amenazó con excomunion al mismo *sursum-corda*, es decir, á todo un virey del Perú. He aquí el lance.

Cuéntase que cuando el virey Don Francisco de Toledo vino de España, trajo como capellan de su casa y persona á un clérigo un tanto ensimismado, disputador y atrabiliario, al cual el arzobispo creyó oportuno encarcelar, seguir juicio y sentenciar á que regresase á la metrópoli. El virey puso el grito en el cielo y dijo en un arrebatado de cólera; que si su capellan iba desterrado no haria el viaje solo, sino acompañado del fraile arzobispo. Súpolo éste, que faltar no podia un officioso que con el chisme fuese, y diz que su exelencia amainó, tan luego como tuvo aviso de que el arzobispo había tenido una reunion de teólogos y que, como resultado de ella, traia el ceño fruncido y se estaban cosiendo en secreto bayetas negras. El cleriguillo, abandonado por su padrino el virey, marchó á España bajo partida de registro.

Pero la excomunion que ha puesto por hoy la péñola en mis manos es excomunion mayúscula y, por ende, merece capítulo aparte.

II.

El decenio de 1550 á 1560 pudo dar en el Perú nombre á un siglo que llamaríamos sin empacho el siglo del pan, del vino y del aceite. Nos explicaremos.

Garcilazo, Zárate, Gomara y muchos historiadores y cronistas dicen que fué por entonces cuando doña Maria de Escobar, esposa del conquistador Diego de Chavez, tra-

jo de España medio almud de trigo que repartió á razon de veinte ó treinta granos entre varios vecinos. De las primeras cosechas se enviaron algunas fanegas á Chile y otros pueblos de la América.

Casi con la del trigo coincidió la introduccion de los pericotes en un navio que, por el estrecho de Magallanes, vino al Callao. Los indios dieron á esta plaga de dañinos inmigrantes el nombre de *hucuchas*, que significa salidos del mar. Afortunadamente el español Montenegro había traído gatos en 1537, y es fama que Don Diego de Almagro le compró uno en seiscientos pesos. Los naturales, no alcanzando á pronunciar bien el *miz-miz* de los castellanos, los llamaron *michitus*.

Y aquí, por via de ilustracion, apuntaremos que en los primeros veinte años de la conquista el precio mínimo de un caballo era cuatro mil pesos, trescientos el de una vaca, quinientos pesos el de un burro, doscientos el de un cerdo, ciento el de una cabra ó de una oveja y por un perro se daban sumas caprichosas.

Habiendo gran escasez de vino, á punto tal que en 1555 se vendia la arroba en quinientos pesos, Francisco Carabantes trajo de las Canarias los primeros sarmientos de uva negra que se plantaron en el Perú. ¡Injusticias humanas! Los borrachos bendicen siempre al padre Noé que plantó las viñas y no tienen una palabra de gratitud para Carabantes, que fué el Noé de nuestra patria.

Obtenido pan y vino hacia falta el aceite. Probablemente lo pensó así Don Antonio Rivera y, al embarcarse en Sevilla en 1559, cuidó de meter á bordo cien estacas de olivos.

Rivera era un español avecindado en Lima y dueño de algunas fanegadas de terreno en el valle de Huatica. Poseia una fortuna de doscientos mil pesos, adquirida haciendo vender por sus *mitayos* higos, melones, naranjas, pepinos, duraznos y demas frutas desconocidas hasta entonces en el Perú. La primera granada que se produjo en Lima fué paseada en procesion, en el anda en que iba el Santísimo Sacramento.

Desgraciadamente para Rivera la navegacion, llena de peligros y contratiempos, duró nueve meses y, á pesar de sus precauciones, se encontró al pisar tierra con que solo tres de las estacas podian aprovecharse, pues las demas no servian sino para avivar una hoguera.

Dióse, pues, á cultivarlas con grande ahinco, cuidándolas mas que á sus talegas de duros; y eso que su reputacion de avaro era colosal. Y para que ni un instante escapasen á su vigilancia, plantó las tres estacas en un jardinillo bien murado y resguardado por dos negros colosales y una jauría de perros bravos.

Pero fíese usted en murallas como las de Pekin, en gigantes como Polifemo y en canes como el Cervero y estará mas fresco que una orchata de chufas! Las dichosas estacas tenían mas enamorados que muchachas bonitas y ya se sabe que, para hombres que se apasionan del bien ajeno, sea hija de Eva ó cosa que valga la pena, no hay obstáculo exento de atropello.

Una mañana levantóse don Antonio con el alba. No había podido cerrar los párpados en toda la santa noche. Tenia la corazonada, el presentimiento de una gran desgracia.

Después de santiguarse, y en chancas y envuelto en el capote, se dirigió al jardinillo; y el corazon le dió tan gran vuelco que casi se le escapa por la boca junto con el taco redondo que lanzó.

—¡Canario! ¡Me han robado!!!

Y cayó al suelo presa de un accidente.

En efecto, había desaparecido una de las tres estacas.

Aquel dia Rivera derrengó a palos media jauría de perros y el látigo anduvo bobo entre los pobres esclavos.

Cansado de castigos y de pesquizas y viendo que sus afanes no daban fruto, se acercó al arzobispo, que era muy su amigo, y lo informó de su gran desventura, al lado de la cual los trabajos de Job eran can-can y zanguaraña.

Pues no es cuento, lectores míos, sino muy auténtico lo que sucedió, y así se lo dirá á ustedes el primer cronista que hojeen.

Aquel dia las campanas clamorearon como nunca y, por fin, después de otras imponentes ceremonias de rito, el ilustrísimo señor arzobispo fulminó excomunion contra el ladrón de la estaca.

Pero ni por esas.

El ladrón seria algun descreído ó *esprit fort*, de esos que pululan en este siglo del gas y del vapor—pensará el lector.

Pues se lleva un chasco de marca.

En aquellos tiempos una excomunion pesaba muchas toneladas en la conciencia.

III.

Tres años trascurrieron y la estaca no parecia.

Verdad es que ni pizca de falta le hacia á Rivera, quien tuvo la fortuna de ver multiplicados los dos olivos que le dejara el ladrón y disponia ya de estacas para vender y regalar. Presumo que los famosos olivares de Camaná, tierra clásica por sus aceitunas y por otras cosas que prudentemente me callo, pues no quiero andar al rodapelo con los camanejos, tuvieron por tundador un retoño de Huatica.

Un dia presentóse al arzobispo, con cartas de recomendacion, un caballero recién llegado en un navio que, con procedencia de Valparaiso, había dado fondo en el Callao y, bajo secreto de confesion, le reveló que él era el ladrón de la celeberrima estaca, la cual había llevado con gran cautela á su hacienda de Chile y que, no embargante la excomunion, la estaca se había aclimatado y convirtiéndose en un famoso olivar.

Como la cosa pasó bajo secreto de confesion, no me creo autorizado para poner en letras de imprenta el nombre del pecador, tronco de una muy respetable y acaudalada familia de la república vecina.

Todo lo que puedo decirte, lector, es que el comejen de la excomunion traia en constante angustia á nuestro hombre. El arzobispo convino en levantársela; pero impo-

niéndole la penitencia de restituir la estaca con el mismo misterio con que se la había llevado.

¿Cómo se las compuso el excomulgado? No sabré decir mas sino que una mañana, al visitar don Antonio su jardinillo, se encontró con la viagera y al pie de ella cinco talegos de á mil duros con un billete sin firma, en que se le pedía cristianamente un perdón que él acordó, con tanta mejor voluntad cuanto que le caían de las nubes muy relucientes monedas.

El hospital de Santa Ana, cuya fábrica emprendía entónces el arzobispo Loayza, recibió tambien una limosna de diez mil pesos, sin que nadie, á excepcion del ilustrísimo, supiera el nombre del caritativo.

Lo positivo es que quien ganó con creces en el negocio fué don Antonio Rivera.

En Sevilla la estaca le habia costado media peseta.

RICARDO PALMA.

Lima, Febrero 15 de 1875.

UN CUENTO PARA USTED.

Such is life.

(Continuación)

ELLA Y EL.

ELVIRA, tan hermosa y Antuco, tan feo, eran, sin embargo, dos seres análogos en el mundo: *ejusdem generis*.

A Elvira, le bastaba somreirse para subyugar á un hombre.

A Antuco, le bastaba mirar de cierta manera, acariciándose las patillas, para encañar á una mujer.

A Elvira, le bastaba una mirada para enloquecer á un hombre.

A Antuco, le bastaba decir cuatro piropos para enloquecer á una mujer.

Y como la una miraba y sonreía de continuo, pues su cara era feria de ojos y exposicion de dientes; y como el otro se acariciaba las patillas de continuo y sin cesar decia piropos, el uno estaba destinado para el otro, porque al fin sus miradas habian de chocar, sus seducciones habian de encontrarse y entónces: ¡ay de Antuco y ay de Elvira!

Elvira, sin embargo era toda una señora: hija de banquero, sobrina de hacendado, prima de propietarios, cuñada de senador, rica, mimada, pertenecía por su posicion á la aristocracia del dinero, aristocracia que aunque se las pelen todos los republicanos habidos y por haber, no han de poder desterrar del mundo, pues si ya es cada cual hijo de sus obras, y si no hay mas títulos que los de la honradez, siempre será un pelagatos quien no tiene un centavo y todo un caballero quien muestre á cada paso un *Atahualpa*.

Por su parte Antuco... hombre, Antonio era empleado de una casa de comercio, quizá de un banco, no estoy seguro, pero ganaba de todos modos doscientos soles, men-

suales, gracias á una magnífica forma de letra y á que hablaba el inglés como cualquier hijo de Albion; con lo cual y con lo demas que va dicho no se cambiaba él ni por un Dn. Manuel Pardo con la presidencia encima; mucho menos cuando por año nuevo recibia sus seiseientos ó mas soles de gratificacion despues de hecho el balance.

Así andaba él tan poseido de su persona, y tan ufano y tan lleno de sí mismo, que sus conocidos ponian en duda, si eran sus inmensos tacones, ó su mas alta prosa, lo que le hacia crecer como asunto de una semana; y mirar por encima del hombro á cuantos le pasaban por el lado, así fuesen mas altos que Landázuri.

EL ENCUENTRO.

Elvira, estaba en todo el apojeio de los años no sé cuantos. Solo me consta que desde que mamá le habia bajado el traje para llevarla á la tertulia del Club, diez y ocho declaraciones en toda regla se le habian deslizado hasta el oido, amen de los muchos suspiros, miradas, galanteos y obsequios de palabra que habian caido á sus pies.

La pobre niña no se bastaba para tanto ¡ya se vé! ¡era tan corta de génio!

Cuando le decian: ¡te adoro! se ponía colorada, tan coloradita que haria palidecer á un pimpollo de rosa; cuando le decian: ¡una palabra, una sola de correspondencia! se le llenaban los ojos de agua y mirada mas dulce, ni mas tierna, se encontraria en los querubines de Velazquez; cuando le apretaban la mano corria hasta donde estaba su mamá, y ponía la cara seria, tanto, que por versela daba gana de darle otro apretón.

¡Era un ángel!

Mas pasó un año y pasaron dos y Elvira recordó que la mujer está solo en el mundo para casarse y morirse cuando ya no pueda mas, y entónces principió á mirar como ocupacion lo que habia sido entretenimiento hasta allí.

Seis novios á la par tenia por entónces, seis, entre los cuales podia escoger sin mas dificultad, que la de quien sería él.

Podiera Elvira formar de los seis uno solo y ¡con cuánto gusto se habria casado con aquel! Pero ¡ah! que ella sabia perfectamente bien, que la dulzura del uno era incompatible con la energia del otro, y las tiranas exigencias del segundo no podian avenirse con las dulces solicitudes del tercero ó cuarto.

Pues, y en cuanto á las figuras estaba en un mar de indecision.

A Elvira, por regla general le gustaban todos los hombres: los rubios por rubios, los negros por negros, y hasta los feos por feos.

No obstante si hubiera podido fabricarse un novio, lo habria hecho antes que nada muy buen mozo, muy decididor y muy alegre, complaciente y amoroso, muy rico, mucho, sobre todo, ni pizca de celoso.

Pero la perspicaz Elvira, lo sabia, esta última cualidad era la mas difícil de conseguir.

Todos los hombres son unos tiranos: el que menos lo parecia, el que mas humilde habia solicitado sus favores, apenas habia obtenido el mas mínimo de ellos, cuando tomaba unas alas, que Elvira al fin y al cabo se veia obligada á cortárselas.

¡Jesús! ¡cuántas exigencias! El mas modesto queria ponerle llaves á sus ojos y candado á su boca; á lo cual la infeliz no podia convenirse, pues, lo que ella decia, cuando esté de novia oficial ó casada, con venido; pero ¡ahora!

Lo menos que podia concedersele era el derecho de elegir, y como para ejercerlo dignamente tenia necesidad de comparar, Elvira decia y decia bien, que no podia decidirse por ningun hombre mientras no le constase su superioridad sobre los demas.

Pero ninguno se convenia á la prueba, y tantas peloteras tenia de diario con sus enamorados, que hubo dia en que deveras resolvió entrar de monja.

Como por ejemplo: cuando en poco menos de cuarenta y ocho horas rompió con los seis novios entre los que iba á elegir.

En rigor de verdad no era el pleito en sí mismo lo que mas le dolía, pues ya estaba acostumbrada á tenerlos, sino la fatalidad de que hubiera sido con todos á la vez, quedándose sin un don Preferido con quien hacer hujoso fiero de que habia olvidado á los anteriores.

Aquella misma noche, Elvira, fué al Teatro con las mas negras intenciones: habia jurado que haria suyo al primer hombre que la mirase.

Y ese hombre acertó á ser Antonio Santibañez. Eran predestinados el uno para el otro: "estaba escrito."

¡QUE NOCHE AQUELLA!

Frente á frente se encontraban Elvira y Antuco: élla, en un palco de primera fila, él, en uno de segunda.

Tiempo hacia que Antuco, conocia á Elvira, y ¡fenómenos del corazon! jamas se habia fijado en ella.

Pero hacia tres dias que la habia encontrado en la Carretera, precisamente en momentos en que la idea del matrimonio le cruzaba por la imaginacion, y al levantar los ojos y fijarlos en Elvira, le habia dado un vuelco el corazon.

Aquella noche la encontraba de nuevo, y la encontraba radiante de hermosura, fascinadora, lindísima.

¿Conocia Elvira á Antonio?

Quizá. Se habian encontrado por todas partes y cada dia, pero Elvira, le habia mirado con indiferencia, y si le hubieran pedido su retrato, no lo habria podido hacer.

De una mirada recorrió Elvira, el teatro todo. ¡Infames! Allí estaban los seis: ninguno la miraba: los anteojos que en otras noches se dirigian á ella, vagaban por otras direcciones.

Para colmo, uno de ellos el que iba á ser el preferido quizá, Enrique, se fijaba con insistencia en Teresita, la única mujer de quien jamas habia tenido celos, nuestra El-

vira; y para que nada le faltara, Teresita la saludó irónicamente y comenzó á hacer su papel de reina, mientras que Elvira no tenía ni en quien fijar los ojos.

La infeliz pasaba las penas del purgatorio. Estaba tan linda sin embargo que ella misma no pudo menos que confesárselo cuando se miró al espejo, preguntándose si los hombres estaban ciegos aquella noche.

¡Lo estaban sin duda! pues recorría todos los palcos, y nada! volvía á recorrerlos, y nada! nadie la veía!

Ah! ¡sí! un rubio en segunda fila; pero ¡era tan feo!

Media hora despues Elvira notó con rabia que estaba *tocando el violín*: sus amigas lo habian comprendido tambien y no desperdiciaban la ocasion de dársele á entender haciéndola pasar por la humillacion de la soledad.

Elvira, tuvo ímpetus de pretextar una jaqueca, un desmayo, ó algo parecido para irse á su casa.

Mientras tanto el rubio estaba allí.

Por poco no le dirige una mirada Elvira; pero ¡era tan feo!

Luego despues, Teresita, en su palco se burlaba de ella: eso estaba claro, clarito; Elvira, habria podido decir hasta lo que hablabla.

En un arrebato de rabia, perdió la cabeza: tomó el antejo y lo dirigió á segunda fila. Entónces creyó reconocer al rubio.

—¿Aquel no es Santibañez?—preguntó.

—Un magníífico muchacho—respondió su papá—gana doscientos soles al mes y tiene ya guardados como sus quince mil: gira por el doble y como la suerte le favorece, dentro de cinco años será medio millonario.

RICARDO DÁVALOS Y LISSON.

(Continuad.)

EL AGUA MANSA.

[L'eau dormante.]

ESCENAS DE LA VIDA MEXICANA, POR

LUCIEN BIART.

(Conclusion.)

EN el momento de ponerse en marcha los conductores, una ráfaga abrasadora pasó por la ciudad, el formidable viento del sur se desencadenó, al fin, barriendo de Veracruz á Puebla las cumbres y los llanos. Cuando Doña Lorenza entraba en los bosques de naranjos, daban las once en los campanarios de Córdoba. Los árboles sacudidos furiosamente chocaban sus ramas con estrépito. El soplo abrasado, cuya aparición es tan temible en las costas mejicanas, hacía á lo lejos mujir el aire levantando olas de polvo, montones de hojas y ramas.

Cuando llegó á su casa Doña Lorenza, sin quitarse sus adornos se envolvió en un chal, ordenó con voz imperiosa que en el salon

pusieran dos luces protegidas por guarda-brisas é hizo llamar á las mestizas dedicadas á su servicio.—Quedaos allí—les dijo mostrándoles el fondo de la habitacion.—y sea lo que fuere lo que oigais, ó lo que suceda ninguna ose moverse.

La jóven con paso rápido, convulso, recorría sin cesar la vasta sala. Se habria dicho una leona en su jaula. Sus bellas facciones tenían una espresion dolorosa, su boca estaba crispada, sus ojos fijos y duros parecían agrandarse y jemas sus criadas la habian visto así. Estrechadas una contra otra miraban á su ama ir y venir, sin detenerse sino cuando una ráfaga pasaba sobre el valle y se arremolinaba con un rumor lúgubre en torno de la antigua morada.

Apesar del huracan, la criolla se reclinó en el balcon. El cielo estaba azul, la luna acababa de desaparecer y la luz de las estrellas, intensa bajo los trópicos, alumbraba vagamente el vallecito. Las ráfagas mas y mas frecuentes y furiosas se volvian terribles.

Pasado el soplo reinaba un silencio profundo pero bien pronto del fondo del horizonte partió un sordo clamor como si mil voces plañideras gimiesen á lo lejos. El clamor crecía, corría se aproximaba estallando formidable y siniestro. Se hubiera dicho que una jauría invisible á cuyos ladridos se mezclaban sollozos, atravesaba el verde prado. Los árboles crujían, las piedras se chocaban, la casa sin cesar estremecida parecia vacilar. De tiempo en tiempo un buitre arrancado de su nido, daba un grito de angustia sintiéndose arrebato entre las tinieblas.

Derrepente Doña Lorenza, sintió estremecerse el suelo bajo sus pies; la tierra tembló lijeramente como sucede en efecto, con frecuencia en esos terribles huracanes de los trópicos. Dejose oír un ruido de aguas agitadas, la mirada de la criolla se dirigió instintivamente hacia dos palmeras que se alzaban cerca de allí; pero no era sino bajo la influencia del viento que el follage de los dos hermosos árboles imitaba el rumor de las olas. Doña Lorenza se volvió hácia el lago y retrocedió espantada la superficie pulida sobre la que pasaba de ordinario el soplo de las tempestades sin alcanzar á enturbiarla, se agitaba hirviendo y blanqueando de espuma rebosaba sobre el prado.

—Ah!—esclamó la jóven oprimiendo su pecho con las dos manos,—tempestad por todas partes!—y arrancando el collar que adornaba su cuello movida de un sentimiento superticioso lo arrojó al lago.

Retiróse al fondo de la habitacion: sus criadas arrodilladas resaban en voz alta. La criolla tomó su reloj para ver la hora y arrojando al suelo la frágil joya hizola pedazos.—Muere—dijo—tú que señalas esta hora maldita.

Volvió al balcon; pero luego con el oído atento, el corazon palpitante retrocedió paso á paso hácia una estatua de la virgen, parecia distinguir en medio de los gemidos del viento un ruido particular perceptible para ella sola, su palidez era espantosa. De súbito, entre el ruido de la borrasca, Lorenza escuchó una voz.

—Virgen santa!—esclamó levantando sus bellos brazos hácia la estatua,—tú sabes que la razon está de mi parte.

Una detonacion resonó en medio del silencio; despues un ruido de pasos seguido de un grito lúgubre. El viento se acalló, se oyó un ruido de acero contra las piedras del balcon y las sirvientas rodearon á su ama viendo aparecer á Don Luis espada en mano y los cabellos en desórden. Aperciviendo el grupo de mujeres el hidalgo dejó caer su arma ensangrentada.—Te esperaba—dijo Doña Lorenza con vos temblorosa;—te esperaba, sabia bien que me amabas todavia y que vendrias.

Y avanzó con las manos estendidas hácia Don Luis, este retrocedió.

—Te esperaba—repitió con energia:—no queria verte partir con esa muger, no te habria perdonado jamás. Te he hecho morder el corazon por los celos, he defendido mi felicidad.

En ese momento un gemido, una queja, un llamamiento resonó bajo del balcon.

—El francés se muere—esclamó Don Luis con angustia.

Entónces arrojándose hácia su marido, lo rodeó con sus brazos levantandolo del suelo y estrechandolo furiosamente.—Que importa!—dijo la criolla con una alegria salvaje, cruel,—pues qué tú estas aquí y que te amo!

La Wilson partió sola despechada durante esa terrible noche cuyos incidentes conoció mas tarde. Tomó aversion á Méjico é hizo allí una corta mansion.

Don Luis llevó en la espalda izquierda una ligera cicatriz, y es en ese lugar donde Doña Lorenza gusta apoyarse aun, cuando se mece en su hamaca, teniendo cerca á su marido. En cuanto á Alberto de Vieilleville que sintió el pecho atravesado por una espada antes de poder hacer por segunda vez uso del revolver de que se habia armado para su expedicion nocturna debió la vida á los cuidados del Doctor Bernagius, llamado á toda prisa de Orizaba, y que lo hizo embarcar para Europa tan pronto como lo vió convalesciente.

Alberto gusta de contar su aventura que no le ha perjudicado en opinion de los parisienses. Créese firmemente haber sido amado por Doña Lorenza: es esta una ilusion que ha pagado bastante caro para que se le permita lisonjearse con ella.

Despues del terrible huracan que turbó la quietud del lago su nivel ha bajado: sin duda sus aguas encontraron una salida subterranea. Se las vé disminuir cada año y encajonarse mas profundamente en su lecho de rocas. El Doctor Bernagius, en una de sus memorias ha probado con hipótesis, tan ingeniosas como sábias, que el lago de Santa-Rosa concluirá por quedar seco y que sus aguas mansas estarán en adelante al abrigo de todas las tempestades.

ANGELA CARBONEL.

LITERATURA FOSFORESCENTE.

No sabemos si hemos procedido con timo al dar el nombre de Literatura fosforescente al nuevo género literario, que, así en Francia como en España y en América, toma cada día un poderoso é irresistible impulso, y es cultivado por claros ingenios, y por los que pudiéramos apellidar *Doctos* en materias literarias. Pero así como hay un proverbio que dice "los hechos me justificarán," podemos decir á quien no encontrare en razon el predicho título—"este artículo lo probará."

Como la forma al fondo, como el oropel al oro, es la Literatura fosforescente á la Literatura tomada en su genuino y clásico sentido, diferencial y comun. Producto espontáneo de imaginaciones vivas, las imaginaciones de los pueblos del medio día, su principal objeto es herir esa facultad, produciendo en el espíritu variadas y ligeras impresiones, proporcionándole un deleite que se escapa á la razon y al sentimiento. El género es nuevo, en verdad, pero tan popular y generalmente aceptado, constituye la "moda literaria," de la cual ya no se puede prescindir, sin correr el peligro de ser tachado de rancio, cansado y amigo de antiguallas. Y ay! que de tal manera obra la costumbre y nuestra educacion tiraniza con tal rigor nuestro libre albedrio, que preferimos á un tilde de estrafalarío, el serlo en real y efectivo suceso, acondicionándonos á las exigencias caprichosas de la "moda". ¿Quién escribe hoy sobre cuestiones de moral, ni de filosofia, que no inspire sueño á sus lectores, y sea considerado como repetidor de libros antiguos? Bah! La moral es cosa vieja, que bien se halla empolvada y apollillada en los rincones de las Bibliotecas. La Filosofia! Cada cual tiene la suya y eso basta, amen de que, en los tiempos que corren, todos los sistemas se reducen á uno—tener dinero. Malgastaron su tiempo los que envejecieron jóvenes por hallar la verdad; y nadie causa mas pena, que, esos locos alemanes, que agotan su cerebro en las frias é impalpables meditaciones de la Metafísica.

El mundo de hoy es de pasatiempo, de *sprit*, esencialmente imaginativo.—"Dadnos alimento á la imaginacion, encerrad vuestras elucubraciones, literatos, amadores de la belleza, en formas picantes, ligeras, de modo que nuestra atencion no pueda distraerse del positivo objeto, y aplaudiremos, por un momento, admiraremos por todos los minutos que dure la lectura de vuestra produccion, el empleo que haceis de vuestras facultades en convertir en héroe á un "baston" al "cuello" de nuestra camisa, á los "botones" de la levita, al amor de la "vecina," al "zapatito" de Matilde, al "humo" del cigarro, al "billeto" de Banco, á los "ojos negros," á la "esperanza," al "guante," en fin, aunque sea al "agua florida de Atkinson;" de lo contrario nos dormimos."

Así exclama el lector, el público, y como escribís, no para contentamiento vuestro, sino para entretenerlo, y cobrarle las primicias, ya de aplauso, para vuestra vanidad,

ya de dinero, para vuestro bolsillo; teneis que darle gusto.....

El público hace al escritor y no el escritor al público; allí está Lope que comprendió el secreto de sus exigencias; y aunque los siglos de esplendor de la Literatura, á primera vista nos muestran el buen gusto del público estimulando los ingenios, preciso es convenir en que á fuerza del número y de la superioridad irresistible de sus facultades se llegaron á imponer, despues de trabajos repetidos y constantes, avasallando preocupaciones, y triunfando del necio desden, ó de la silba insensata. Así, entre otros, se impuso el galano Alarcon, modelo de dramaturgos, y el gran Cervantes Saavedra, génio del buen decir y de la sátira. No abrigamos la esperanza de que, en los tiempos que corren, reivindiquen la Literatura española, y la presenten al mundo como en épocas que pasaron, rica, envidiable, magestuosa, ingenios tan preclaros y de tan robusto espíritu como los enunciados. No es semejante desconsuelo pesimismo, ni falta de fé en el nuevo brillo de las Letras, que amamos y cultivamos cuantos hablamos el español, y aun los estraños: pero la vemos caminar por sendas tan diversas á las que conducen á la verdadera belleza, vemos que el romanticismo, furioso é implacable, ha hecho, podemos decir, el gusto moderno, vemos en fin, la *Literatura fosforescente*, como un nuevo ídolo al que público, literatos, poetas, periodistas, &a., &a., rinden cada día un culto tan ferviente, que, trabajoso se nos hace pensar en un pronto y nuevo renacimiento.

No seremos nosotros los que, con cuatro plumadas, derribemos el ídolo, pues como verídicos é imparciales, confesamos haber cometido el pecado, sin que por esto digamos *mea culpa*. Y qué de particular en nosotros, humildes amadores de la belleza literaria; si el espiritual Selgas y Carrasco, aquel dibujador primoroso y hábil, forma número en la pléyade, el amigo del crítico Villergas, *Ribot* y *Fonseret*, ha sacado un manantial de asuntos estériles, tocándolos con la vara de su ingenio, el mismo Villergas, pesadilla de Don Faustino Sarmiento y del ampuloso á la vez que florido Zorrilla, y de *tutti quanti* poetas llorones; Villergas, calificado de tan diversas maneras, en España y en América, ya como maldiciente, ya como mordáz, ya, en fin, y estos son los pocos, como satírico de buena ley; ese azotador del Parnaso ¿quién lo creyera? ha rendido el culto mas fervoroso á la Literatura fosforescente, empleando un libro para escribir la VIDA EN EL CHALECO! Verdad es que, ya el "Fénix de los ingenios," el fecundo Lope, habia dado el mal ejemplo, escribiendo su GATOMAQUIA, admirable por la trama y mas admirable aun por los versos entonados, armónicos, magníficos, como quizá no se encuentran con frecuencia en sus demas obras, aquellas que pertenecen á la Literatura propiamente dicha. Y puesto que, alguién ha de observarnos, que, atreviéndonos á picar al *Fénix*, rebajemos el mérito de una de sus producciones que mas claramente patentizan su estro poético, digamos de una vez, lo que ya el lector puede presumirse por lo dicho anteriormente; el asunto, el asunto es condicion necesaria de toda pro-

duccion literaria; y si bien hay géneros, como la fábula, verbigracia, en los que, como en la Gatomauquia, los personajes son animados, allí hay una verdadera personificación y una tendencia y un fin moral, ó filosófico. Lope con esos versos, en asunto mas elevado, hubiera escrito un poema, y no un juguete, rico y precioso, por lo demas. Aquí viene bien que digamos lo que al principiar este artículo—esto es—si el nombre de Literatura fosforescente es el que cuadra al género de producciones de que venimos ocupándonos. Ante todo, no somos de los que se complacen en sostener polémicas por cuestiones de palabra; porque—como dice el personaje de la comedia—"Península española ó península portuguesa, es cuestion de nombre." Pero así mismo sostendremos el en cuestion, bautismal nuestro, de preferencia á *Literatura homeopática*, *Literatura fósil*, &a. bajo cuyos nombres hemos visto composiciones del género *fosforescente*, es decir, vivas, brillantes, chispeantes, si se quiere; pero de ningun efecto duradero, ni mas ni ménos que la fosforescencia del mar.

Los colombianos, hábiles casi todos, imaginativos, de fácil diccion, han cultivado con esmero y éxito este género. Escriben sobre una trucha, una gota de agua, una lechuga, una patata, un níspero, un zapato viejo, un cordel, con tal variedad de colorido, que, francamente, admira ver empleada tanta verbosidad (é ingenio) en materias triviales y de suyo estériles. Y sin pasar el Guayas, aquí entre nosotros, tenemos, aunque en el género humorístico, un extenso repertorio en los "Aletazos del Murciélago." De manera, pues, que no es tan malo el género desde que tantos cortan de él: y nuestro objeto no ha sido estigmatizarlo, sino ponerle la marca diferencial.

Que la Literatura fosforescente es una exigencia de la época, no cabe duda, desde que, hoy no solo escriben todos, sino que se escribe para todos, por lo cual como en los artículos de comercio, sucede que la condicion de baratura hace mas fácil la concurrencia.

Y hé aquí porque las cualidades del fósforo aplicadas á los escritos literarios, produce un efecto, que llamaríamos májico, si no bastara el de fosforescente, que le es tan apropiado. ¿Qué escritor de cierta vena, de algunos adarmes, siquiera, de ingenio, no saca de su pluma artículos en pañotilla, con todo el barniz que se necesita para lucir las "variedades" de los diarios ó las columnas de los semanarios? Y hay en ese trabajo su mérito incuestionable, superior, sin duda, á el de los antiguos improvisadores de versos, á quienes se les daba un *pie quebrado*, y sobre él ó con él, construian, que era una maravilla, toda una espinela. Por lo que barruntará el lector, que, las obras de buena Literatura llamadas á pasar de una generacion á otra y servir de modelo, no son las improvisadas, y que, esta improvisacion es otro de los caracteres de la Literatura fosforescente.

Tal vez parezcamos exagerados en esto de liquidar las Letras como se liquidan las cuentas de números; pero tenemos conciencia de aritméticos, aunque en la práctica

no lo seamos. Y no sería extraño que el amable lector que ahora nos escucha, viese de la misma pluma artículos de la laya de los fosforescentes.

Aquí ponemos punto, aunque "pluma queda," por cuanto el presente artículo para estudio es muy corto; pero para artículo es muy largo.

PAULINO FUENTES-CASTRO.

Diciembre de 1874.

CONCIERTOS.

A CONSTANTINO CARRASCO.

Si de improvviso en la espesura canta
El ruiseñor en la ardorosa siesta,
Otra ave desde lejos le contesta
Con melodiosa trémula garganta;

Y otro distante trino se levanta:
Y otro despues... y cual viviente orquesta,
El largo coro inunda la floresta
Y la campestre soledad encanta.....

Cuando bajo las ramas encubierto
Del verde oasis de Idéales flores
Que hoy se alza de la patria en el desierto,

Canta un vate su duelo ó sus amores,
Cien poetas levantan su concierto,
Cual bandada de dulces ruiseñores!

NUMA P. LLONA.

LA CIUDAD DE LOS CONTRASTES.

LIMA la opulenta metrópoli sud-americana, capital de la república mas rica del nuevo hemisferio, la que cuenta á granal los millones que afluyen á su tesoro; la que ostenta en su seno centenares de magníficos palacios, carece de una casa para residencia de sus presidentes, de un teatro donde recibir á los grandes artistas que atraídos por su esplendor vienen á visitarla.

En el costado setentrional de una bella plaza, adornada con fuentes, jardines y estátuas, álzase apenas del suelo un pastoso, sucio y grotesco edificio, coronado de una tosca baranda, y flanqueado de tiendas atestadas de vistosas y abigarradas telas, y de una pasmosa profusion de objetos heterogéneos. Diríase un bazar de Oriente.

Llámanlo: Palacio de Gobierno.

Sus ilustres huéspedes, curándose poco de esa transitoria morada, conténtanse con forrarlo interiormente de seda, oro y mármol para su propio *confort*, dejando á sus sucesores el cuidado de la parte monumental.

Cinco cuadras de allí distante, un engañoso frontispicio dá entrada á un caseron vetusto, informe, cuarteado en todos sentidos, y con las mas pronunciadas apariencias de un granero:

Es el Teatro!

Y sin embargo, con la cuarta parte del oro y las pedrerías que, en su espléndido entusiasmo ha derramado Lima, en ese escenario, sobre sus artistas favoritos, habria podido construir el mas hermoso teatro del mundo.

Y sin embargo, aun, en las noches de estrenos, cuando las encantadoras hijas del Rimac llevan las tres líneas de palcos, que el gas resplandece y los abanicos se agitan, y las miradas se cruzan, un prestigio extraño, casi divino, trasforma el derruido edificio; y ningun jóven abonado lo cambiara, entónces, por el mas suntuoso teatro de Paris, por el mas aristocrático de Londres.

Pero esta misma Lima que desdeña, indolente, la creacion de esos monumentos que con el tiempo, son la base material de la vida social, consagra á la exposicion de su industria un bellísimo palacio; aloja á sus sentenciados en alcázares de granito, y sepulta sus muertos en basílicas de mármol.

Al traspasar la portada de Guadalupe divísanse ambos: palacio y alcázar.

El uno gracioso, elegante, adornado con todos los órdenes de arquitectura: cercado de jardines donde se abren las mas hermosas flores; donde cantan las mas canoras aves, donde rugen las mas horribles fieras.

El otro, sombrío pero magnífico, agrupando sus bronceadas piedras en muros y bóvedas de severo é imponente aspecto. Tras de esos muros, bajo esas bóvedas, en vez del fatídico ruido de cadenas, escúchase el alegre golpear de instrumentos industriales; y en el silencio de la noche, las notas melódicas de Verdi y de Bellini se exhalan de ese recinto, llevando al alma de los desventurados que allí moran, recuerdos y esperanzas:

Es la Penitenciaría!

Si en pos de grandezas se torna la mirada hácia el nordeste descúbrense mas allá de la puerta de Maravillas, una ciudad de mármol, blanca como un cisne, y medio oculta entre la sombra inmóvil de los cipreses. En su extenso recinto se alzan en profuso desorden, cúpulas, pilastras, columnas, cuyo elegante corte se dibuja en el azul del cielo. Creeríase una fantástica aparicion entrevista allá en el fondo de un sueño.

Pero al aproximarse, al abarcar con una ojeada aquel suntuoso conjunto, detalles de un primor exquisito revelan el nombre de ese inmenso hacinamiento de riquezas artísticas:

Es el Cementerio!

Sin embargo, trabajo cuesta al pensamiento asimilar á la idea de la muerte un lugar donde por todas partes respira la vida en su mas ardiente expresion. Amor, dolor, resignacion, plegaria, todos los sentimientos sublimes del alma palpitan bajo la blanca inmovilidad de esas estátuas, que de entre el embalsamado follaje de los rosales se alzan esparciendo en torno á los helados restos que guardan esa vida inmortal transmitida al mármol por el fuego sagrado del génio.

En fin, si dejando la mansion de los muertos, el viajero penetra en la ciudad, encuéntrala habitada por un pueblo compuesto de las tres razas primitivas, en tan iguales proporciones, que completando el contraste, lo harian vacilar entre Pequín y Congo, si el sello de belleza incomparable, que este clima afortunado imprime en la raza caucásica no lo forzase á esclamar: LIMA!

JUANA MANUELA GORRITI.

Lima, 1872.



CON mucho mas animo y desprecudimiento tomo la pluma esta semana para organizar el Mosaico.

—¿Y por qué?—me preguntarán sorprendidas.

Confianto primero en la indulgencia de mis lectoras.

Porque mi franqueza y ningunas pretensiones no pueden menos que haberlas preparado en mi favor.

Y principalmente porque estamos en cuarentena tiempo de perdon.

* *

Cierto jóven ocioso, de esos escasos de entendimiento pero abundantes de frases escogidas, dirigió una carta en dias pasados á una señora pidiendo á su hija en matrimonio.

La carta era larguísima, y toda ella se reducía á ponderar la belleza de la niña, y su desesperado amor. Sin mas pormenores.

Aunque la señora no era ilustrada, su buen juicio la hizo conocer, que todo aquello era una palabrería, que no significaba nada, y que el muchacho lo que deseaba era encontrar manera de remediar su situacion.

La contestacion fué lacónica y hela aquí.

“Aniguito:

“Nada hay nuevo para mí
“En este eterno pasquin.
“Su amor será un frenesí.
“Mi hija será un querubin.
“Pero... yo no doy el sí.”

“Porque en resumidas cuentas
“Si usted no cuenta con nada,
“Su cuenta está mal sacada,
“Si ha pensado de mis rentas
“Vivir, con su prenda amada.

MATILDE.”

* *

En la pequeña ciudad de Rudesheine, situada á orillas del Rhin, hubo ultimamente una gran exhibicion de narices. Se trataba de premiar con 200 thallers al hombre ó mujer dueño de la mas grande protuberancia nasal. El vencedor fue un cervicero cuya nariz medía 14 centímetros.

El nombre de ese distinguido súbdito del Emperador Guillermo merece ser conservado, para la posteridad: se llama S hwanzteufel-

¿Cuándo habrán en mi país,
Apuestas de esa ventaja
Y al narigon infeliz
Le darán, cual sobre alhaja,
Dinero por su nariz?

¿Cuándo los que son del gremio
Alcanzaran algun premio?

* *

En la ciudad de Marsella, el 18 de Diciembre, á las ocho de la noche, se apagó el gas quedando todo en completa oscuridad.

En aquel momento en el teatro un funám-

bulo divertía al público con difíciles ejercicios. Se balanceaba sobre un trapecio flotante, dispuesto á lanzarse sobre otro que, ajitado en vaiven, debía recibirlo, atravesando el artista un espacio de tres metros: balanceábase para emprender el salto, arrójase al aire, y de repente queda el teatro sumido en la sombra. El público prorumpió en un grito de espanto sin embargo no se le había sentido caer.

Momentos despues encendieron las luces. El artista estaba agarrado al trapecio, ríjido como un cadaver. El terror fue indescriptible, se llevaron escaleras y aparatos para recibirlo, y lo bajaron sin poder arrancarle las manos del trapecio.

Al apagarse el gas asió el madero con crispatura tan nerviosa de las manos, que los flexores se le encojieron como resortes de acero; tenia los cabellos erizados, los ojos inmóviles, la lengua pegada al paladar.

En el acto la ciencia médica le prodigó sus auxilios y pudo salvarse la vida.

Encontrabame en dias pasados en casa de una amiga, cuando llegó á buscarla una jóven, bonita, como de veinte años, esta se hallaba tan turbada y aflijida que estube á punto de despedirme para darle lugar á que hablara sin reserva; pero ambas me exijieron que me quedara, é impúseme sin querer, de lo que paso á referir:

Un muchacho de buena familia, de esos que abusando del apellido que llevan, cometen toda clase de faltas, y que sea dicho de paso, son la pesadilla de sus parientes, estaba visitándola con pretesto de casarse con ella; porsupuesto que habia tenido muy buen cuidado de cantarle y solfearle su *arbol genealójico*, á fin de inspirarle una ciega confianza: y realmente, la jóven alucinada con el prestigio de su familia, creia que de la humilde condicion de costurera, iba á ocupar algun distinguido puesto en la sociedad.

Pero, hay que aquel castillo vino por tierra del modo que menos lo esperaba.

El jóven empezó por pedirle con distintos pretestos, algunas prendecitas de poco valor, que á fuerza de trabajo habia adquirido, y ultimamente la semana anterior á la que me refiero se habia llevado sin su conocimiento, un magnífico vestido en corte y no habia vuelto mas.—El vestido pertenecia á mi amiga, que es rica, tiene buen corazon, conoce á la pobre jóven desde niña. Así, pues, en presencia mia la consoló, por el terrible engaño que habia sufrido, y le perdonó el valor del vestido, ofreciéndole ademas, hacer indagaciones por él sugeto haber si se podia recuperar algo de lo perdido. La pobre muchacha estaba admirada de que un jóven *decente* procediera de una manera tan indigna—ay hija mia!—le dijimos entónces—tiene U. muy poca esperiencia no será ese el primer *arbol genealójico* que produzca frutos agusanados. Y si quiere usted ser feliz cátese con un hombre cuya posicion se la deba á sí mismo, sea por medio del estudio, de la economia, ó del trabajo pues los que pretenden aplicarse el brillo ajeno, no solamente no brillan, sino que empañan á los demas.

—¿Será creible que una careta, cause la muerte de una persona, y me haga perder como 2.000 soles?—decia el caballero Z. anoche, en una reunion de confianza. Las personas que lo rodeaban se rieron de esta pregunta, considerándola una chanza, pero él, con la mayor formalidad les repitió lo siguiente:

—En una casa de pobres habitaba una anciana, pobre en la estension de la palabra, porque lo era hasta de espíritu, y á quien yo protejia decididamente, sin ocuparla jamas.

El dia 11 del presente mes, tuve necesidad de ausentarme de esta capital por pocos dias y

le mandé la llave de mi habitacion, previniéndole que tomara de encima de mi cama lo que encontrara allí.

Esto no era otra cosa, que un dominó de gros negro muy grande, proporcionado á mi colosal estatura y del cual habia calculado que la señora hiciera un trajecito para la proxima semana santa, el que, habria sido para ella un verdadero lujo: pero el diablo que en la mejor obra se interpone, hizo que yo tendiera sobre la cama el dominó, colocando la capucha en la almohada, y lo que es peor, poniendo dentro de ella una careta que aun á la luz del dia, producía el efecto mas desagradable.

La pobre señora no pudiendo resistir á la curiosidad, se puso en marcha la misma noche que recibió la llave, para saber qué cosa le regalaba su protector.

Mi habitacion está situada en una casa cuya familia se halla en el campo, de modo que la señora al encontrarse en el patio sola, ya se sentía tocada de nervios, á precaucion habia llevado una cajita de fosforos, y encendió el primero para colocar la llave en la cerradura de la puerta, y luego que este se apagó le pareció mas intensa la oscuridad de la habitacion; se dirigió al lado de la cama para buscar la vela, y al encender el segundo fosforo, se le presentó el lúgubre aspecto de un cadaver. La infeliz sale de allí dando traspies, y cae, accidentada en la calle, la impresion y el porrazo cruel le ocasionaron la muerte.

Mientras tanto mi cuarto quedó abierto y me han robado varios papeles de importancia y algunos objetos de valor.

¡Una careta! he aquí el cuerpo del delito!

El dia de noche buena el tren expres de la mañana, salió al medio dia de Oxford, en Inglaterra. A pocas millas se rompió una rueda de uno de los primeros coches, tras el cual iban atados catorce; saltó una de las cadenas de conjuncion y estos se precipitaron en un abismo, cayendo á un rio despedazados desde una rampa elevada: hubo 70 heridos, y se cree que el número de muertos pase de 30, muchos de ellos ahogados, pues se veian flotar sobre las aguas sombreros y otros objetos portátiles, y los coches habian quedado sumergidos en el fondo del rio. Son terribles los pormenores de esta espantosa catástrofe.

Las personas aficionadas á la literatura encontrarán en la libreria del Señor E. Courtheaux, una magnífica coleccion de obras escojidas que acaba de recibir.

Me despido de mis amables lectoras hasta la proxima quincena quedando encomendado el desempeño de la siguiente, á la simpática é inspirada Señorita Adriana Buendia

MANUELA VILLARAN DE PLASENCIA.

Solucion á la Charada del N.º 17.

No hay en mi barrio á quien yo no vea
Cuando deseosa de grato ambiente
Paso las horas tranquilamente
En las barandas de mi *Azotea*.

J. DE D.D.

Soluciones á la Charada del N.º 18.

La roca sepuleral de Santa Elena; inmortaliza la memoria de "Napoleon."

VALENTINA.

"Napoleon."

LAS STAS. C. G. ROCHA Y A. M. REVOREDO.

Aunque es charada difusa
Y la coma á mi opinion,
No la hace menos confusa,
Aplaudo de L la musa
Al tratar de *Napoleon*.

OCTAVIO Y COMPANIA.

Hallé *Napo* en la Charada,
Y *Pó*, que dos rios son;
Tambien encontré *Leon*,
Y la dí por descifrada
Recordando á *Napoleon*.

LOLA.

Solucion á la Adivinanza del N.º 18.

AL SEÑOR COCO-SA.

"Tal vez, de la distante opuesta orilla
"De aquel inmenso y trasparente oceano,
"Donde la luz de las estrellas brilla
"Con resplandor tranquilo y soberano,
"Con pasmo universal y maravilla,
"Se alzaré, de repente *eco* lejano,
"Voz con que á nuestra voz doliente y honda
"Un inmortal espíritu responda.

PLÁCIDA.

Solucion á la charada del número 19.

Sintiendome sin gana
De asomarme á la persiana,
Me purgué esta mañana,
Por consejo de mi hermana,
Con *Ipecacuana*.

C. VASCONSELLOS DE SANTA ANA.

Al recibir *La Alborada*
El Sabado en la mañana,
Decifré la charada
Y el todo es, "*Ipecacuana*."

CONSTANZA G. ROCHA

Con un pequeño trabajo
Buscando la solucion,
Hallamos en conclusion
Lo que ponemos abajo.
"*Ipecacuana*."

JOSÉ MARIA Y ENRIQUE BENAVIDES.

Señor charadista pido
Me declareis chavacana
Si su todo consabido
No se llama *Ipecacuana*.

M. E. DEL V.

CHARADA.

Mi primera es una letra
Y mi segunda tambien,
Y aun la tercera es lo mismo
Tal como suenan las tres.

Mi cuarta es un generoso
Constantemente se vé,
Y la misma con mi quinta
Nombre es de un famoso rey.

Mi todo para los niños
Muy indispensable es,
Y el que no lo ha conocido
Esta, no la ha de entender.

U. P

ERRATA.

En el artículo "Los amores de Críspulo Mor-diente" del número anterior, donde dice: "las *poéticas* ventajas de los treinta y cinco años *lease*: las *prosaicas*

EMPRESA TIPOGRAFICA,
Calle de Camaná, antes Ayacucho, N.ºs 128 y 130.